

diente de recibirlos, al mismo tiempo que un temor mas vivo de perderlos?

Expliquemos ahora estos siete maravillosos dones y manifestemos su oposicion con los siete pecados capitales.

El *temor* es un don del Espíritu Santo que imprime en nuestra alma un gran respeto hácia Dios, un extremado terror hácia sus juicios y un gran horror hácia el pecado. Fácil es conocer que este saludable temor está en oposicion con la soberbia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la soberbia? Nos envanece, nos eleva, nos conduce á la idolatría de nosotros mismos, nos vuelve presuntuosos, arrogantes, y debilitando en nosotros el temor de Dios, nos hace accesibles á todos los demás temores. El don de temor, por el contrario, nos vuelve pequeños bajo la mano de Dios, humildes, modestos, amables para con el prójimo; haciéndonos temer solo á Dios, nos libra del temor *mundano*, que muchas veces nos arrastra á ofender á Dios, antes que perder nuestra fortuna, nuestros empleos, nuestro dinero; del temor *carnal*, que nos hace caer en el pecado para evitar las incomodidades, las enfermedades ó la muerte; del temor *servil*, que nos convierte en tristes esclavos del Sinaí, cuando debemos ser los gozosos hijos del Calvario; finalmente regula el temor *natural*, es decir, la timidez, la pusilanimidad, la vergüenza, la cobardía, y comunica al cristiano aquel hermoso carácter de independéncia que le hace rey del mundo, permitiéndole decir con verdad: Temo á Dios, y á nadie mas.

El *consejo* es un don del Espíritu Santo que nos hace conocer el camino del cielo, tomar é indicar las medidas mas eficaces para marchar por él con seguridad. El don de consejo es opuesto á la avaricia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la avaricia? Falsea nuestro espíritu haciéndonos preferir lo menos á lo mas; nos ciega, nos hechiza hasta el punto de hacernos sacrificar los bienes eternos á los bienes temporales, buscar nuestro Dios en el oro, nuestra felicidad en la tierra, y consumirnos levantando castillos en el aire y tejiendo telarañas. Por el contrario, el don de consejo comunica rectitud al espíritu, haciéndonos preferir lo mas á lo menos; nos manifiesta con particular evidencia que los bienes temporales son indignos de un alma inmortal; que en vez de ser un medio, son muchas veces un obstáculo para la salvacion; que en nuestros cálculos debemos siempre preferirles los bienes eternos, no buscando á Dios en la tierra ni nuestra felicidad en las riquezas. Desprendiendo al alma de todas

las preocupaciones materiales, le da una gran firmeza de apreciacion para juzgar rectamente, para decidirse y decidir á los demás en sus dudas. Finalmente, ennoblece el corazon, librándole de la tiranía de la avaricia, que el idioma de todos los pueblos califica de vil y sórdida.

La *sabiduría* es un don del Espíritu Santo que nos hace conocer y gustar las cosas de Dios, es decir, á Dios, y todo cuanto nos conduce á su posesion. El don de sabiduría está en oposicion con el de la lujuria, cuyo remedio es. ¿Qué hace la lujuria? Derrama un cierto pérfido encanto en el placer de los sentidos, hácia los que nos arrastra y en los cuales nos impulsa á buscar la felicidad; hace al alma esclava del cuerpo; oscurece la inteligencia, endurece el corazon, y humilla al hombre al nivel del bruto. El don de la sabiduría, por el contrario, disgusta de los placeres sensuales, y derramando cierta suavidad en los bienes de un órden superior, nos hace amar cuanto es digno de un alma inmortal; emancipa el corazon del imperio de los sentidos, y nos eleva al nivel de los Ángeles, cuyas alegrías é inclinaciones nos hace compartir, y no solo nos libra de la sabiduría *animal*, sino que regula la sabiduría *natural*, es decir, que no nos permite gozar de los placeres de aquí abajo sino en sus justos límites.

El *entendimiento* es un don del Espíritu Santo que nos hace descubrir con facilidad y comprender, en cuanto es capaz un espíritu limitado, las verdades de la Religion. El don de entendimiento es opuesto á la gula, cuyo remedio es. ¿Qué hace la gula? Tiende á hacer predominar la vida física sobre la vida moral, á hacer al alma esclava del cuerpo; ofusca el alma y la hace incapaz para el estudio; embota la inteligencia y la hace perezosa; aleja de ella la verdadera luz y le impide comprender las cosas de la vida espiritual.¹ ¿No es este pecado el que se manifiesta en el dia en mayor escala? Desde que domina en la sociedad el gusto por las cosas materiales y el amor por lo *confortante*, segun se dice, la inteligencia de las verdades de órden superior decrece visiblemente. Por el contrario, el don del entendimiento hace predominar el alma sobre el cuerpo, é induce á la sobriedad, virtud necesaria á todos los hombres estudiosos; nos da una gran penetracion para comprender la sagrada Escritura.

¹ Animalis autem homo non percipit ea quæ Dei sunt. (I Cor. II, 14). Sapientia non habitabit in terra suaviter viventium. (Job, xxvii, 13).

ra, los sermones, la explicacion de las verdades de la Religion; nos manifiesta la debilidad de los errores y de las objeciones de los herejes y de los impíos, y con ello robustece y salva nuestra fe, el más precioso de todos los tesoros.

La *piEDAD* es un don del Espíritu Santo que nos hace tributar á Dios un culto filial. El don de piedad es opuesto á la envidia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la envidia? La envidia comprime, degrada, endurece el corazon; lo hace malo é injusto, lo llena de la hiel del demonio y de Cain, y lo impulsa á todas las iniquidades del egoísmo, el cual no es otra cosa que odio hácia los demás. La piedad, por el contrario, comunica al corazon un delicioso sentimiento de afeccion que lo ennoblece, que lo enternece, que lo dilata, que lo hace respetuosamente filial hácia Dios y cuanto pertenece á Dios: su Iglesia, su palabra, sus templos, sus sacerdotes, sus miembros dolientes; y que lo impulsa á prodigar á todos los hombres el amor de un hermano para con su hermano, la compasion de un amigo para con su amigo.

La *ciencia* es un don del Espíritu Santo que nos inspira un perfecto conocimiento de las verdades de la Religion, nos impulsa á hacer un santo uso de los descubrimientos humanos. El don de ciencia está en oposicion con la ira, cuyo remedio es. ¿Qué hace la ira? La ira ciega; y esto es de tal modo verdad, que todas las lenguas le aplican el epíteto de ciega; impide al hombre razonar, ver la luz de la verdad, discernir lo verdadero de lo falso, lo que es verdadera y gravemente un mal de lo que no es sino ligera y aparentemente, imprimiendo en el rostro los rasgos característicos del loco ó del animal furioso. Por el contrario, la ciencia ilumina el alma, y sujetando nuestra atencion á una justa apreciacion de las cosas, impide que nos irrite por males que no merecen la pena; nos comunica la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente; nos hace desconfiar de la ciencia puramente humana, ó al menos la ennoblece, y forma en las almas aquella seguridad en el golpe de vista, aquella rectitud de juicio y de buen sentido práctico, á la vez tan poderoso y tan raro por desgracia en el dia.

La *fortaleza* es un don del Espíritu Santo que, elevándonos sobre nuestra debilidad natural, nos hace obrar grandes cosas por Dios y por el prójimo, y vencer los obstáculos que se oponen al cumplimiento de nuestros deberes. El don de fortaleza está en oposicion con el de la pereza, cuyo remedio es. ¿Qué hace la pereza? La pereza

enerva el alma, la encadena con los lazos de las pasiones y la adormece entre la vergüenza del pecado; la hace incapaz de todo bien y capaz de todo mal, pues la ociosidad es madre de todos los vicios¹. La fortaleza, por el contrario, comunica vigor al alma y á todas sus potencias; nos hace emprender con valor y continuar con perseverancia grandes cosas por Dios, por el prójimo y por nosotros mismos, como lo vemos en nuestro Señor Jesucristo, en los Apóstoles, en los Santos, en los Mártires, en los misioneros; hácenos rechazar con indignacion las seducciones de la carne y del demonio, los escándalos y las máximas del mundo; hollar el respeto humano, sobrellevar con tranquila y dulce resignacion las enfermedades del cuerpo y las penas del alma, las contrariedades, los reveses de fortuna, la muerte de nuestros parientes y la de nosotros mismos. Tales son los siete grandes remedios que el Espíritu Santo aplica á nuestras almas para curarlas de las siete grandes heridas que el pecado abrió en ellas; ó mas bien, tales son las siete potencias con las que el Espíritu Santo nos auxilia para combatir estas siete potencias enemigas que nos atacan.

Así pues, cuando el alma, secundada por los siete dones ó las siete fuerzas del Espíritu Santo, ha combatido victoriosamente, justo es que recoja los beneficios de sus triunfos, beneficios que con admirable precision se llaman *frutos* del Espíritu Santo. Se les da este nombre, primero, porque introducen en el corazon del hombre la misma dulzura que comunica á la boca el fruto de un buen árbol; y segundo, porque manifiestan el estado de salud en que se encuentra el alma restablecida, así como los frutos dan á conocer la calidad del árbol que los produce. Los frutos del Espíritu Santo son en número de doce, y fueron indicados por el apóstol san Pablo: *Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, mansedumbre, longanimidad, bondad, benignidad, fe, modestia, continencia y castidad*².

Ahora bien, así como el frecuente uso de succulentos frutos comunica al cuerpo no solo un goce pasajero, sino que lo constituye en un estado habitual de salud y de bienestar; así en el orden moral la costumbre de alimentarse con frutos del Espíritu Santo, es decir, la fidelidad en practicar las virtudes de que acabamos de hablar, eleva el alma á diferentes estados de un inefable bienestar, que se lla-

¹ Prov. xxvi, 14; Eccli. xxxiii, 29.

² Galat. v, 22, 23.

man las bienaventuranzas. Tal es en la tierra el supremo beneficio del Espíritu Santo, y el resultado de los dones y virtudes que comunica á los fieles. Anticipada y deliciosa fruición de la suprema felicidad del cielo, las bienaventuranzas son en número de ocho ¹; y destierran de este mundo, en cuanto lo permite la prueba de la vida, las penas interiores y exteriores que son el tormento de la mayor parte de los hombres ².

Y ahora, ¿quién no conoce la perfeccion de un alma, de una nacion, de una sociedad en la que repose y obre el Espíritu Santo? ¿Quién no comprende la suma importancia de conocer al Espíritu Santo, de amarle, de colocarse bajo su influencia, de entregarse á su accion, y de no contristarle jamás, así para los particulares como para los pueblos? La necesidad é importancia de ello resaltan mas y mas todavía si se reflexiona en los efectos producidos en las almas, en las naciones, en las sociedades, por el espíritu del mal, que se cierne sobre el mundo y que le domina luego que deja de vivir bajo la influencia del Espíritu Santo. Cuando un alma, una familia, una sociedad cualquiera se ha dejado vencer por las siete potencias del espíritu del mal, no tarda en recoger los frutos de su cobardía y de sus derrotas. Estos *frutos de muerte*, llamados por san Pablo las obras de la carne, son directamente lo contrario de los frutos del Espíritu Santo; hé aquí, segun el mismo Apóstol, su tremenda enumeracion: *Fornicacion, deshonestidad, impureza, lujuria, idolatria, hechicerias, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas, envi-*

¹ Las hemos enumerado en la vida pública del Mesías al explicar el sermón de la Montaña.

² Beatitudo est ultimus finis humanæ vitæ;... ad finem autem beatitudinis movetur aliquis, et appropinquat per operationes virtutum, et præcipue per operationes donorum, si loquamur de beatitudine æterna, ad quam ratio non sufficit, sed in eam inducit Spiritus Sanctus, ad cujus obedientiam et sequelam per dona perficiuntur. Et ideo beatitudines distinguuntur quidem à virtutibus et donis, non sicut habitus ab eis distincti, sed sicut actus distinguuntur ab habitibus. (S. Thom. 1 p. q. 69, in corp. art.). — Plus requiritur ad rationem beatitudinis quam ad rationem fructus. Nam ad rationem fructus sufficit quod sit aliquid habens rationem ultimi et delectabilis. Sed ad rationem beatitudinis ulterius requiritur quod sit aliquid perfectum et excellens. Unde omnes beatitudines possunt dici fructus, sed non convertitur. Sunt enim fructus quæcumque virtuosa opera in quibus homo delectatur; sed beatitudines dicuntur solum perfecta opera quæ etiam ratione suæ perfectionis magis attribuantur donis quam virtutibus. (Id. id. q. 70, art. 2).

*dias, homicidios, embriagueces, glotonerías, y otras como estas*¹. ¿Qué será de un alma en que habiten, como en su centro, tantas y tan dañinas fieras? ¿Qué será de las naciones en que se desencadenen? Lo que sabemos, porque lo tenemos á la vista, es que el hábito de tales obras de iniquidad conduce al alma, á la familia, á la sociedad culpable, á diferentes estados de un malestar indecible, origen de revoluciones y de monstruosos atentados, en los que las pasiones encuentran sus sangrientos é innobles placeres. Esta especie de *bienaventuranzas infernales* constituyen la desgracia en este mundo y preparan la suprema infelicidad en el otro. Tal es la doble via por la que andan los hombres y los pueblos, segun viven bajo la influencia del Espíritu Santo ó del espíritu del mal.

Para resumir toda la doctrina de nuestra santificacion por el Espíritu Santo, y manifestar su perfecta armonía con el plan del Catecismo, dirémos, sirviéndonos de las ideas de santo Tomás: que léjos la gracia de destruir la naturaleza, la perfecciona; que la fe, la esperanza y la caridad, estos tres elementos que el orden sobrenatural añade á nuestro ser, forman nuestra primera union con Dios; que esta sávia divina es puesta en movimiento por la accion de los dones del Espíritu Santo, como lo sávia de un árbol por el calor de los rayos del sol; que son el resultado de esta accion los frutos del Espíritu Santo, cuyo hábito conduce á las bienaventuranzas, fruición anticipada de la bienaventurada eternidad, en la que el hombre deificado se encuentra dichoso y perfecto por la felicidad y por la perfeccion del mismo Dios, de cuya naturaleza participa, así como el movimiento de la sávia en el árbol da por resultado el fruto, y si me atreviese diría la felicidad del árbol, en cuanto ha alcanzado el fin por que fué criado ². ¡Cuán hermosa es esta divina vegetacion! ¡Cuán graves pensamientos inspira! ¿Qué clase de árboles somos? ¿Qué sávia circula en nuestras almas? ¿Cuáles son los frutos que producimos? ¿Cuáles produce la sociedad, el mundo actual?

Si á los dones del Espíritu Santo añadimos el que los encierra todos, la gracia; la gracia que nos hace justos, que imprime en nosotros el sello de adopcion, y que es la prenda de nuestra herencia; la gracia que nos une estrechamente á Dios con los lazos del amor; que excita en nosotros los sentimientos de la verdadera piedad; que

¹ Galat. v, 19-21. — Véase santo Tomás, 1 p. q. 70, art. 4.

² S. Thom. id. 69, 70.

nos hace abrazar una vida nueva; que nos hace finalmente, como ya hemos dicho, partícipes de la naturaleza divina y merecedores del título y de la calidad de hijos de Dios, ¿cómo no reconocer que de toda justicia debe atribuirse al Espíritu Santo la obra de nuestra santificación ¹?

¿Qué diremos ahora de la saludable influencia de este dogma de fe? Los precedentes artículos del Símbolo nos han manifestado un Dios criador y conservador del mundo; un Dios reparador de su obra, muriendo para devolver al hombre con la inocencia perdida sus títulos á la gloria eterna. Para completar esta doctrina que habria llenado de admiración á todos los filósofos de la antigüedad, hé aquí que el Símbolo nos presenta en sus últimos artículos un Dios santificador y glorificador del hombre.

Quitad el artículo octavo: *Creo en el Espíritu Santo*, y la doctrina católica con respecto á Dios, esta doctrina principio de la civilizaci6n de los pueblos modernos, porque es la fuente de sus luces y la regla de sus acciones, queda mutilada, incompleta, y, por decirlo así, sin accion. El Espíritu Santo es el que con su saludable influencia nos hace ver, gustar y practicar las verdades enseñadas por el Verbo y emanadas del Padre. Un Espíritu Santo, Dios como las demás personas de la adorable Trinidad, padre de nuestras almas, luz de nuestro espíritu, sosten de nuestro corazon, consolador de nuestras penas. ¡Oh! en esta creencia hay un fondo inagotable de valor, de virtud y de espíritu de sacrificio; pues el Espíritu Santo, santificador universal, es un modelo indispensable para cada uno de nosotros, lo mismo que el Padre y el Hijo. Así pues, respecto de nuestros hermanos, debemos ser tambien santificadores; y ¡cuántas almas santas, mil veces mas útiles á la sociedad que todos nuestros legisladores y académicos, no han adoptado y adoptan aun esta idea como el principio y la regla de su vida de sacrificios y de buenos ejemplos que el mundo admira, pero cuyo secreto no conoce! Crean todos los hombres en este artículo del Símbolo, y, consecuentes en su fe, esfuércense en dejarse guiar por la influencia del Espíritu Santo, y el mundo, la sociedad y las familias están salvadas; la recta razon, la equidad, los sanos juicios, la pureza de costumbres reemplazarán los desórdenes contrarios, porque el Espíritu de Dios habrá reemplazado por todas partes al espíritu del hombre.

¹ II Petr. I, 4; I Joan. III, 1; Ephes. I, 13.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme santificado por el Espíritu Santo; hacedme la gracia de que sea siempre dócil á las inspiraciones de aquel Espíritu de luz y de caridad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, jamás contristaré al Espíritu Santo.